

tuye al artista, el relaciones públicas al intelectual, el moderador al autor, el presentador al presentado, la información a la creación, el cóctel del libro al contenido del libro, la publicidad a la textualidad. Ha sido, en fin, la década fantástica en la que el viaje se transforma en turismo, la alta costura en "prêt-à-porter", la religión interiorista en espectáculo planetario, las señas de identidad en folklore, la ideología en persecución, la política en elecciones, la filosofía en telegenia, el objeto en signo de distinción, la especialidad en divulgación, la ciencia en fascículos, El Quijote en dibujos animados, la novelaría decimonónica en serie televisiva, la eficacia industrial en "spots" y el éxito social en el poder de manipulación de los medios.

Lo demagógico sería ofrecer ahora los pares de oposiciones debidamente nombrados (Supermán/Érice, "Interviú"/Cuadernos para el diálogo", Lara/Barral, Forsythe/Benet, Los Pecos/López Cobos...), pero yo no estoy tratando de establecer un ranking de valores, sino de evidenciar lo más gráficamente posible el cambio de paradigma de la industria cultural española. Con todas las excepciones que se quieran, aunque mucho sospecho que el consumo masivo de una mercancía cultural, por mucha calidad intrínseca que tenga, también puede obedecer a las soberanas leyes de autorreconocimiento de las masas.

"Mass-medium"

Cambio de escenario, decía, del hecho cultural español: del mito decimonónico del incomprendido creador al rito multitudinario del consumo instantáneo y universal. Como dice Baudrillard, las masas no son el horror ni el nuevo Mesías, ni la razón de la obra en la Historia ni ese instinto que las devasta. Las masas "funcionan" ahora mismo sin atributo, sin predicado, sin calidad, sin referencia. Son un medium mucho más potente que todos los media tramados: las masas transforman espontáneamente las significaciones en signos, las ideas en imágenes y las formas en espectáculos.

Por eso es necesario entender de una vez por todas, y sin estúpidos dramatismos, que cuando la televisión "programa cultura" el telespectador no mira la cultura, sino el televisor. Y habría que hacer la misma distinción con todos los medios con el fin de evitar los espejismos y las especulaciones, las esperanzas infundadas y los terrores desenfundados.

Así pues: intrusión sin retorno de las masas en el hecho cultural español. Y ya digo, principio del fin de un modo apocalíptico de entender el esquema de la comunicación según aquellos modelos literarios, pero también, a la vez, crisis de la vieja noción de creación ermitaña, del cora-

zón solitario. Nuestro rasgo diferencial puede ser que esta inversión del modelo decimonónico ocurrió en esta década que ahora finaliza y de manera brutal, sin los necesarios signos de advertencia y por tal acontecimiento se explican buena parte de los lamentos penosos que se escuchan del lado del viejo escenario cultural —y eso que todavía estamos en plena prehistoria audiovisual, padeciendo las consecuencias, precisamente, de un Centro Emisor Unico controlado por cerebros programados en la era preindustrial— y ciertos desajustes románticos en el comportamiento de las masas. Nada que no se arregle naturalmente de aquí a 1984. ■ J. C.

Ciencia VIAJE A LOS DOS HEMISFERIOS

FELIPE MELLIZO

LA muerte de los años setenta somete a los periodistas a una infame tentación: consultar esos anuarios en los que se coleccionan las efemérides. Son esos libritos, impresos en tipos diminutos y en columnas farragosas, los equivalentes modernos a los arcaicos "Anales de Pascua", en los que anotaban los clérigos las fechas de las batallas y de las bodas reales para mojonar el tiempo y determinar la fecha gloriosa del Pentecostés. Al cabo de los años, lo que queda, de verdad, como rastro de las peri-

pecias humanas, es esa huella diminuta que el recopilador escribe con ejemplar laconismo: "Año 1211. Batalla de las Navas de Tolosa". Y ahí queda eso.

Así es que la consulta de los anales correspondientes a los setenta le tiene que dejar al lector perplejo, porque en el apartado "Ciencia y tecnología" no hay mojones. Los fallidos trasplantes de corazón fueron, por lo menos, un sangriento escándalo, pero pertenecen a los años sesenta, como el descubrimiento de los fulgurantes quasars, que sí que fue una cosa seria.

¿Nada ocurrió desde entonces?

Bueno, hay dos maneras de estimar "lo que pasa". Una, esa del amojonamiento —"1879. Edison inventa la bombilla"—, un sistema contable de carácter expresionista: uno tiene que entender el dato y comprender lo que fueron, de pronto, las ciudades encendidas. La otra manera es, precisamente, esa: conocer el minucioso proceso social de cambio que empezó a tener lugar cuando las ciudades se encendieron.

Y así en verdad, sí que los años setenta ofrecen pistas. ▶



China-Vietnam: primera guerra abierta entre países socialistas. Mujeres en favor del aborto, y Simone Veil, autora de la ley. La OPEP en Caracas: el petróleo se disparó. Nueva York, diciembre de 1979: el oro a 501 dólares la onza. Nuevas armas nucleares para Europa: un paso más hacia la guerra. ▶

LOS INFELICES SETENTA

Una, sobre todas las demás. La ciencia y la técnica se están moviendo hacia formas de inhumanidad. Lentamente y en zig-zag, siguiendo vericuetos marginales o utilizando formularios cripticos, pero incesantemente, implacablemente.

En 1973 fueron galardonados con el Premio Nobel de Medicina tres caballeros que no eran médicos: Karl Von Frisch, Karl Lorenz y Nikolaas Tinbergen. No sé por qué tengo la impresión de que ese fue un momento terrible. El premio consagraba una tendencia: la de usar en los seres humanos las cosas que se aprenden haciendo la pascua a los animalitos. A mí me gusta llamar a esa tendencia con una expresión petulante, el "síndrome de Skinner". Este Skinner, pontifice de otra década, parece haber nacido para domesticar ratas, inventar cachirulos para evitar que los niños se meen en los calzones y fabricar sociedades perfectas en las que los ineptos políticos hayan sido sustituidos por castos ingenieros.

Los Lorenz, Frisch y Tinbergen, aquejados de ese síndrome y de otro —"el síndrome de Audrey", que consiste en creer que somos una especie asesina— son personalmente inocentes, como todos los sabios tontillos. Nunca se enteraron bien del uso que puede hacerse, y se hace, de su inquisitivo tesón. Uno de los últimos hombres libres que el mundo ha disfruta-

do, Bertrand Russell, se sorprendió al comprobar que los individuos que estudian la conducta de los animales siempre descubren en sus víctimas actitudes psicológicas que coinciden con sus propios vicios nacionales. Así resulta que las ratas americanas se comportan como Carter y las inglesas como Jack "el Destripador" o como la emperatriz Victoria. Pero esas sutilezas no llegan a los científicos puros, incapaces de barnizar sus revelaciones con una gota de ironía o de indignación.



Nikolaas Tinbergen y Konrad Lorenz, etólogos y Nobel de Medicina en 1973.

El conductismo, pues, ha impregnado la búsqueda durante los años setenta. Fluye a través de numerosos canales. En su escalón más bajo, el proceso es bien utilizado por publicitarios y propagandistas. En los más altos, por sociólogos, médicos, pedagogos y expertos en informática. Pero, en cualquier caso, se trata siempre de lo mismo: comprender mejor el mecanismo del cerebro humano y utilizarlo para ponerle un corsé a cualquier espontaneidad que se presuma dañina.

Por fijar un mojón de esos que aparecen en los anales, nos basta el año 1972. Un joven homosexual negro llamado Frank Simmons, que se había pasado media vida haciendo barbaridades, abusando de las drogas y metiéndose en líos, cayó en manos del neuropsiquiatra Robert G. Heath, un ilustre brujo de la Universidad Tulane de Nueva Orleans. Se le implantaron al paciente veinte electrodos en el cerebro, aquí y allá, en todos los lugares secretos, el séptum, el hipocampo derecho, los núcleos



amigdalares y tal. Y se le entregó un "activador" que permitía a Simmons autoproporcionarse placer sexual apretando un botoncito. Al poco tiempo, Simmons se metía en la cama con cuantas señoras podía conseguir, le daba al resorte electrónico y disfrutaba como un caniche (1). El modesto intento de algunos científicos, que trataron

(1) El nombre del paciente es falso. Pueden ustedes leer la historia en un libro de Egmont Koch y Wolfgang Kessler: "¿Al fin un hombre nuevo?" (Barcelona, 1979).

de advertir acerca de los riesgos que la cosa implicaba para el viejo mito de la dignidad humana fue, naturalmente, desestimado.

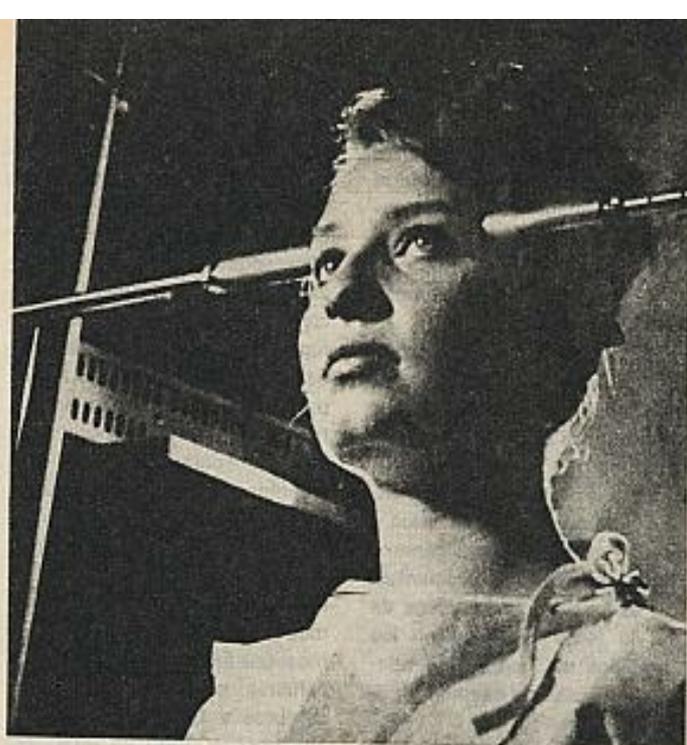
En el mismo campo, el californiano Lawrence R. Pinneo consiguió conectar los cerebros de varios monos con una computadora. El chisme electrónico suplía al cerebro y ordenaba al mono que hiciera cosas que, de otra manera, no podía, o no le daba la gana hacer. Nuestro compatriota Rodríguez Delgado, primero en Yale y luego en la Universidad Autónoma de Madrid, donde todo resulta más fácil menos formar una comisión que determine la pulcritud de cualquier experimento, perfeccionó sus "estimuladores transdérmicos", diminutos, cómodamente insertables debajo del cuero cabelludo. Para que no nos perdiésemos en fragosidades estériles, escribió, además, un libro llamado "Hacia una sociedad psicocivilizada", en el que idiotas conocidos como Platón, verbigracia, quedan en el lugar que les corresponde por su idiotez y son sustituidos por notable filósofos norteamericanos del siglo XX. La doctrina es fulminante: el mundo funcionaría mucho mejor, dónde va a parar, si nos "psicocivilizáramos". El cerebro —dice Delgado y dicen sus colegas partidarios— es un aparato estupendo, y no sabemos usarlo bien. Ellos nos van a enseñar, con "estimuladores transdérmicos" o con lo que caiga.

El británico John Hanley, que sabe más que nadie de electroencefalografía, disfruta en el Instituto de Investigación Cerebral de la UCLA. Las computadoras digitales de gran veloci-

LOS GRANDES MUERTOS

De Gaulle, 1970.
Nasser, 1970.
Jruschef, 1971.
Ben Gurion, 1973.
Allende, 1973.





dad permiten determinar si un cerebro está aprendiendo bien lo que le enseñan o detectar si un cerebro titubea antes de dar respuesta a una cuestión, o si un señor está realmente dormido o lo simula, como Alfonso VI cuando el Rey moro le tuvo que echar en la mano un chorrito de aceite hirviendo.

Y queda el encantador mundo de la química, no menos eficiente en la tarea de hacer de nosotros mejores personas. A partir de 1970, los bioquímicos del Baylor College de Houston, capitaneados por el ex francés Georges Ungar, se pudieron dedicar a "inyectar" a unas ratas los recuerdos de otras, gracias a una sustancia, la escotofobina, es decir, para decirlo como Dios manda, la sustancia "que transmite el miedo a la oscuridad", un sugestivo péptido en el que está la molécula de la memoria.

Las posibilidades son infinitas, como rápidamente habrán

comprendido nuestros educadores. Stanislas Grof sabe cómo usar el LSD fuera de las orgías, para inducir estados de conciencia específicos y programados. Solomon Snyder hace lo mismo con marihuana líquida, John Lilly ha descubierto las propiedades estupendas del ácido lisérgico para hacer lavados de cerebro, Max Jacobson receta más anfetaminas que anticatarrales, un tratamiento que de poco se carga al chillón y listo Truman Capote y al mismísimo Presidente Kennedy, que en paz descanse. En el Instituto Karolinska de Estocolmo, que es el árbitro de los Premios Nobel de Medicina, se ha conseguido **fotografiar** el cerebro en colorines, iluminando los transmisores químicos que actúan de vertiginosos mensajeros, es decir, que se saben ya los caminos; falta saber cómo colocar en ellos la mercancía deseada para que llegue a destinos inimaginables. Las



EL MAL AUGURIO

LOS árabes nos dejaron este enigma de no saber dónde se coloca el cero, si al principio o al final de la decena. Por eso no sabemos bien cuándo empieza un siglo, ni siquiera un cambio de decenio, si en el año que termina en cero o en el año que termina en uno. La lógica parece indicar esta última solución: la era no comenzó con el año cero, sino con el año uno. Pero la imaginación popular prefiere la otra versión. Quizá por la magia propia del cero, por su fascinación redonda o por lo que tiene de símbolo femenino reivindicado como insignia por una de las más ardientes feministas. Probablemente, también, porque lo que se suele conmemorar es terminar, no empezar. El milenarismo se refería al año 1000, en el que todo debía acabarse y, según el folclore, que es sabio, se acabaría muy mal. Hay quien cree que todas las perturbaciones de nuestro tiempo se deben a la proximidad del año 2000, y que estamos sufriendo ya una especie de bimilenarismo. Lo raro es que alcance a los árabes, que acaban de empezar ahora el siglo XV.

Para el año 2000 anunció algo el Papa Wojtyla, en los primeros días de su pontificado. A muchos nos pareció ver, en el conveniente misterio de sus palabras, que iba a ser el año del Advénimiento, y que su misión en la Tierra era prepararlo, e incluso convocarlo. Hay teólogos que creen que cada palabra, cada movimiento del Papa, se dirigen hacia ese misterio. Otros no lo creen, y se les entrega a la pequeña Inquisición que permiten nuestros tiempos. Otros creen que Wojtyla es, en realidad, el anti-papa previsto por las escrituras.

Pero todo esto es adelantarse demasiado a los acontecimientos. Por el momento, nos tenemos que quedar con la pequeña agonía de la década de los setenta, que se nos acaba. No está mal que se vaya, que se despeñe por la hora cero del 31 de diciembre al 1 de enero, aunque nos deje la incertidumbre de si año 80 es suyo o no lo es. Que se lo quede, si quiere. Lo que se ve apuntar ahora no es bueno. En todas las profecías que se publican en el mundo se anuncia el año como portador de desgracias. En realidad, no hace falta mirar profundamente la bola de cristal, consultar el tarot o leer el Pequeño o el Gran Alberto: con un vistazo a los periódicos es suficiente. Cualquiera es profeta en casa.

El único triunfo real que ha dado esta década es el triunfo de los pesimistas. Están exultantes. "Ya lo decía yo", gritan, con su característico grito de guerra. Al empezar su ruta, el Cid tenía la corneja "a siniestra": símbolo de mal agüero. Al empezar los 80, tenemos las grandes cornejas, las grandes urracas, a la derecha. No puede haber peor símbolo para la izquierda... ■



TRES PABLOS UNIVERSALES

Pablo Picasso, Pablo Neruda y Pablo Casals, muertos en 1973.

LOS INFELICES SETENTA

viejas y cruentas lobotomías serán pronto un error burdo del pasado, porque la sutileza química y la ametralladora electrónica harán el trabajo con más garantías y sin sangre, que es tan escandalosa.

Pero no tanto como para impedir que el doctor J. White, de Cleveland, sea capaz de aislar el cerebro de un mono, deshaciendo el cuerpo en una carnicería nauseabunda, pero **dejando que el cerebro aislado continúe vivo**. Dicen que los japoneses lo hacen todavía mejor y nada impide, científicamente, que un buen día nos aisen el cerebro a nosotros y lo maten en una palangana nutricia para que siga discurrendo, el pobre, lo que pueda.

Bueno, naturalmente, nada más limpio que la intención de un científico. Cada una de estas cosas y otras muchas más tiene como finalidad un purísimo acto médico y, ciertamente, unas cuantas podrían servir, y servirán, para remediar las desdichas de los infortunados. Pero hay en todo el tinglado una voluntad más vasta, menos controlable, más difícilmente identificable. La informática permite un perfecto cotilleo en nuestras, por supuesto semidelictivas, actividades diarias y nocturnas. Las fichas de la Seguridad Social dan cuenta de las razones últimas de nuestras "bajas" y de los secretos trastornos de nuestros tejidos. Las policías almacenan nuestras huellas y analizan nuestro semen y nuestro sudor.

Los científicos, al parecer, se han pasado los años setenta vigilando la conducta de las ratas, los patitos de Lorenz y los pájaros de Tinbergen para dictar luego succulentas lecciones en las que se indican las claves que hacen falta para tratarnos como nos trataría Walt Disney —y qué sabrosa idea, el antropomorfismo racista del dibujante comparado con el neoneaturalismo de los partidarios de un hombre asesino—. Pero el trasiego en torno al cerebro ha sido la clave de la década. El miedo difuso favorece a los arbitristas. Ahora mismo acabo de leer que el Presidente Carter ha pedido ayuda a unos cuantos grafólogos, quirománticos, psicoanalistas y neurólogos para que le digan cuanto puedan acerca de

Jomeini. Es un propósito comprensible, porque Jomeini es un fenómeno inapresable y sólo cabe la sabiduría y el misticismo para que pueda convertirse en ficha manejable sobre la mesa presidencial.

Maya Pines, en un buen libro, se plantea el problema. En este mundo, **en este país violento, donde los asesinatos son tan comunes que pasan casi inadvertidos, existe un profundo anhelo de alguna solución física y sencilla que pueda aplicarse a problemas sociales acuciantes. Ese es uno de los motivos de que la labor que realizan los científicos del cerebro en relación a la violencia despierte tanta fascinación** (2).

(2) "Los manipuladores del cerebro" (Madrid, 1978).

Latinoamérica

HACIA UNA NACION DE NACIONES

CARLOS M. RAMA

UN balance de la década de los 70 que termina es, por definición, riesgoso —intelectualmente hablando— y en particular cuando se intenta para un "continente revolucionario" como se califica, con razón, a la América Latina. Osando tal operación, que implica en buena medida la apertura de reflexiones con vistas a la década de los ochenta que iniciamos, por lo

menos puede favorecerse mayores discusiones esclarecedoras y confrontar opiniones críticas de otros investigadores interesados en este campo.

La década de los sesenta se cerró con un explicable optimismo de todos aquellos que optaban por las soluciones revolucionarias y no era para menos. China, entonces, despertó grandes esperanzas. En Francia, la clásica tierra

de las grandes revoluciones —mayo del 68 daba el ejemplo de un nuevo tipo de movimiento social—, con ideas y tácticas originales, y (tal vez lo más importante) comprometiendo a sectores nuevos como el estudiantado y el campesinado. En América Latina estos grupos habían participado desde 1959 en el guerrillerismo, y la muerte de Ernesto Guevara (a) "Che" —el 7 de octubre de 1967—,

Perón, 1974.
El Negus, 1975.
Mao, 1976.
Charlot, 1977.
Bumedién, 1978.
Golda, 1978.
Moir, 1978.
Marcuse, 1979.
Rudi Dutschke, 1979.

